



Juan Francisco Blanco González

TIEMPO DE MÁSCARAS: Los Carochos de Riofrío de Aliste (Zamora)

I - EL LUGAR

Riofrío de Aliste es una localidad zamorana, situada en la comarca de Aliste, una comarca natural limitada por la Sierra de la Culebra, el viejo Estola (Esla), el Duero y la frontera portuguesa; entorno al río Aliste, que vertebraba la comarca, del que adquiere su nombre.

Vinculada administrativamente al partido de Alcañices, capital de la comarca, en lo Eclesiástico depende de la Diócesis de Astorga. Históricamente formó parte del Señorío Jurisdiccional del marqués de Tábara, lo que se llamó «La Tierra Vieja de Tábara».

En la actualidad, la localidad cuenta con cerca de cuatrocientos habitantes, cuya media de edad es acorde con la de las restantes poblaciones rurales de Castilla y León. Una población envejecida que, abandonada la agricultura, camina hacia su propia consunción.

II - LAS FECHAS

Los Carochos se inscriben dentro de lo que los antropólogos denominan «Mascaradas de Invierno», ceremonias que en Europa se celebraban en torno al solsticio de invierno (21 de diciembre).

El término solsticio significa «sol inmóvil», ya que en esas fechas el sol cambia muy poco su declinación de un día a otro y parece permanecer en un lugar fijo del ecuador celeste. En este día (21 de diciembre), se produce la noche más larga y el día más corto del año, y el sol se encuentra a poco más de veinte grados sur, situado exactamente sobre el trópico de Capricornio, originando este cenit de las horas de oscuridad. En las antiguas culturas, se celebraba en el solsticio hiemal el resurgir de la luz, el declive de la oscuridad y la renovación de los ciclos de la naturaleza, con una serie de ceremonias, como el festival celta de Yule, donde quemaban el tronco de un árbol sagrado, para coadyuvar en el renacimiento del sol y el despertar de la naturaleza, dormida durante el invierno. En algunas de las antiguas culturas, por estas fechas se celebraba el año nuevo.

En este tipo de rituales se inscribirían «Los Carochos», en los que se repiten una serie de ritos de carácter agrario dirigidos a propiciar la renovación de la vida, acrecentar la fertilidad y proteger a la comunidad de las siniestras fuerzas que la amenazan.

La fecha elegida para el ceremonial es el uno de enero, el primer día del nuevo año, que se inscribe en ese ciclo que la mente popular llegó a denominar «los doce días rigurosos», que van de Navidad a Reyes. Según la tradición, en este tiempo el reino de los vivos y el de los muertos entran en comunicación. Encontramos este motivo mítico entre los celtas, los griegos, los germanos y los indios védicos. Pero lejos de significar un tiempo de oscuridad, los antepasados de los europeos lo celebraban como anuncio indudable del próximo retorno del sol y del renacimiento de la vida, que no muere bajo el frío invernal.

Es un tiempo caótico y polémico -según Epton- en el que luchan entre sí el sol y las tinieblas, el calor y el frío, el bien y el mal, la vida y la muerte.

III - DENOMINACIÓN

CAROCHO: Es un término de origen portugués que significa: diablo; adjetivo: «negro, oscuro»; plural: «espíritus malignos, espectros».

CAROCHA: máscara, mitad de papel, que se ponía en la cabeza de los condenados por la inquisición. En el lenguaje coloquial se llama carochos/a a aquel ciudadano extravagante, sucio o mal vestido, y «carochada» a cualquier barahúnda de gente bulliciosa.

En el viejo dialecto leonés, «Carochos» es usado en la comarca leonesa de la Maragatería para designar al cordeiro que tiene una mancha o cerco en la cara.

En Riofrío y otras localidades de la comarca alistana, denominan «Obisparras» a las mascaradas invernales. En el lenguaje coloquial popular, «Obisparra» es toda colectividad numerosa y bullanguera.

Tal vez este término tenga su origen, por asimilación, en la antigua celebración del «Obispillo»: era ésta una inoventada coral y consuetudinaria celebrada en las catedrales de España desde la Edad Media. Tenía lugar la víspera del 28 de diciembre, día de los Inocentes, y consistía en que al niño de menor edad del coro se le nombraba Obispo, y, vestido de pontifical, presidía una serie de ceremonias burlescas y risibles. El «Obispillo» multaba a los canónigos y capitulares, y con estas rentas sacaba para un banquete con el que obsequiaba a sus auxiliares.

Sin embargo, esta costumbre, que en su inicio se instituyó en memoria de la infancia y humildad del nacimiento

de Jesús, degeneró en vestiduras y gestos chocarreros e irreverentes, a los que pusieron coto las autoridades eclesiásticas.

IV - LOS PERSONAJES.

La celebración de Los Carochos en Riofrío consta de 11 personajes: El Carochito Grande, El Carochito Chiquito, El Galán, La Madama, El del Tamboril, El del Cerrón, El del Lino, El Molacillo, El Gitano, La Filandorra, y El Ciego. Serán doce si contamos el niño de La Madama, que aparece en efigie.

El profesor F. Rodríguez Pascual, atendiendo, únicamente, a su función en la trama, divide los personajes de Los Carochos en cinco categorías: buenos, malos, ambivalentes, neutros y satíricos. Entre todos ellos, habría un grupo primordial sobre el que gira el ceremonial: Los Carochos, El Galán, La Madama, El Molacillo -soldado- y la Filandorra. Éstos serían los más antiguos, sin que se pueda invocar como apoyo a esta aseveración, más prueba que el hecho de que estos personajes están presentes en la mayoría de las mascaradas alistanas, constituyendo el núcleo central, vertebrador de las mismas. El resto de componentes se habrían añadido al grupo original a lo largo del tiempo. En el caso de Los Gitanos parece claro, pues estos peregrinos aparecen documentados históricamente por primera vez en España en 1425. Tal vez, éstos sustituyeran a otros personajes más antiguos, insustanciales y ambivalentes, que eran fáciles de suplantar.

La Gitana y El Gitano se enmascararon en personajes anteriores; la Gitana en la Filandorra o hilandera, y El Gitano en otro sujeto que no acierte a discernir. No sería descabellado considerar que el antecedente del personaje del Gitano fuera un soldado; la pelota que porta así parece sugerirlo. En este sentido, la pareja de soldados es común en algunas mascaradas españolas y europeas, como los gendarmes de Tracia, en Grecia. Bien es verdad que en las mascaradas alistanas en las que existe esta figura, se trata de uno solo, el «soldau» de Figueruela de Arriba y La Torre. Por el contrario, en Pobladora son dos los militares. A mayor abundamiento, actúa de consuno con El Molacillo -soldado- en defensa del Ciego, agrediendo ambos a Los Diablos con sus armas, vara-lanza y pelota-maza. Esa misma realidad dual de Los Diablos sugiere la ineludible necesidad de dos soldados con los que emparejarse en las peleas. En San Cristóbal de Aliste es precisamente «El Guito», apócope de gitano, el que ejerce de soldado, vestido como tal y armado con una espada.

El enmascaramiento al que he aludido antes, lo prueba el hecho de que, tanto El Gitano como La Filandorra, por

la tarde cambian de atuendo, abandonando los ropajes de gitanos, vistiéndose con un sugerente traje de papel o fibras vegetales. Los más ancianos afirman que, a principios del siglo pasado, El Gitano y la Filandorra desde el inicio de la jornada vestían el traje de papeles, siendo el atuendo de gitano/a una adición moderna, que se remontaría no más allá de la década de los cincuenta del siglo XX. Algunos aún recuerdan quién fue el primero que se vistió de gitana, pero en ningún caso se discute a ambos la condición de gitanos.

Los personajes se dividen en tres grupos bien definidos: Los Diablos o Carochos: formado por El Carochito Grande y El Carochito Chiquito; Los Guapos: integrado por El Galán, La Madama, El del Cerrón y El del Tamboril; y Los Ciegos, Gitanos o Filandorros: forman parte de ese grupo El Molacillo, El Gitano, La Filandorra y El Ciego de Atrás.

El del Lino va por libre, sin que pueda adscribirse claramente a ninguno de los grupos, por mucho que en el inicial orden de salida vaya detrás de Los Guapos. No obstante, la condición de pobre que pide

limosna podría favorecer la idea de integrarlo con los otros limosneros, Ciegos y Gitanos.

El hecho de que El del Lino aparezca separado del resto de los grupos podría deberse a la necesidad de diferenciar a este sujeto de un modo indubitado de los otros pobres. No cabe duda, al menos por su indumentaria, que El del Lino es un pobre alitano. Tal vez por esta circunstancia del paisanaje, se le daba cierta precedencia por parte de los vecinos, pues es el único que recibía antiguamente como agualdo un cerro de lino.

El médico y el cura fingidos que El Gitano y El Molacillo buscan y eligen entre el público, para procurar la salvación física y espiritual del ciego, bien pudieran sustituir a antiguos componentes de la Obisparra, que por una u otra razón desaparecieron del elenco de personajes. Me hace pensar esto la existencia del personaje del cura en Los Diablos de Sarracín, que oficia las ceremonias fúnebres del niño de la Filandorra, que muere en el epílogo de la representación, asesinado por los diablos.

Sin embargo, la figura del médico no aparece en ninguna de las mascaradas alistanas, excepto en Riofrío, y aún en ésta como un personaje instrumental ajeno a la trama, elegido entre el público. Esta circunstancia me hace suponer que el médico es una adición moderna, o cuando menos, que sustituyó a la figura del antiguo curandero; más aún si tenemos en cuenta que hasta épocas bien recientes los alistanos hallaban remedio para sus dolencias en los herbolarios de la farmacopea popular y en los sabios consejos de los afamados curanderos de la comarca.



Cruzando el río



Los Filandorros

V- EL RITUAL

A primera hora de la mañana, los once mozos que encarnarán los personajes de «La Obisparra» acuden a una casa en el inicio de la calle Fonda, de la que salen todos los años para iniciar el periplo dramático.

En este espacio habrán reunido los trajes y pertrechos necesarios para la representación. Allí acudirán los ancianos encargados de vestirlos, personas de edad, con una gran pericia y muchos años a sus espaldas en estos menesteres. Una vez preparados, tras la misa, en torno al mediodía, un cohete será la seña para que comience el ceremonial.

En primer lugar saldrán los dos Carochos, El Carochito Grande, que desprende humo de su espalda, se dirige, estirando las tenazas, por la Calle Fonda. El Carochito Chiquito deriva por la Calle del Sol para juntarse con su compañero, un trecho adelante, en la misma Calle Fonda, junto a la Iglesia Parroquial de San Pedro Apóstol. Ante el templo acude el Carochito Chiquito para hacer «la venia», una genuflexión de respeto y reconocimiento. Una vez reintegrado el menor de los diablos a la ruta, se dirigen ambos a la Casa Rectoral. Previamente pedirán permiso al Alcalde para celebrar la función.

Tras Los Carochos salen «Los Guapos», los cuales, a toque de castañuelas y tamboril, con ritmo de ronda, se dirigen también a la casa del cura, previo permiso del municipio, al igual que el primer grupo. Tras ellos, a su aire y a cierta distancia, les sigue El del Lino, un pordiosero cojitranco que se dirige al mismo lugar.

Por último, aparecen Los Ciegos, Gitanos o Filandorros. El Molacillo guía un carro tirado por dos burros, en el que transitan El Ciego de Atrás, sentado en el «garrote», trípode de madera de roble, y La Filandorra, que hila con la naspa y la rueca. Tras ellos, caballero en un jumento, va El Gitano haciendo pantomimas y gestos chocarreros.

Al llegar a la plazuela del «Sagrao», junto a la iglesia, unos parroquianos, o uno solo en representación de la comunidad, les saldrán al paso deteniendo el convoy.

Estas pretendidas autoridades municipales les inquirirán sobre su procedencia, destino e intenciones y mil detalles sobre los animales, las características del carruaje, y

más cuestiones sobre sus ocupantes, amén de la acreditación documental de todos estos extremos. Todo ello en tono humorístico, llegando a las conclusiones más peregrinas, dando lugar a auténticos diálogos de besugo. Cansados de tanta requisitoria, encierran a los representantes de la autoridad en la casa más cercana, y continúan su viaje hacia la casa del cura, repitiendo las habituales gansadas el gitano, que no abandonará en toda la jornada.

Una vez reunidos todos los personajes en la casa del cura, previa petición del oportuno permiso del párroco para realizar la mascarada, procede éste al fingido bautizo del niño, también fingido, de La Madama.

Tras ello, los primeros en abandonar el lugar son Los Diablos, que retroceden por la Calle Fonda hasta una casa, siempre la misma, situada en la plazuela de la Iglesia, donde esperan acontecimientos. Hacia ese mismo lugar se encaminan Los Guapos, a golpe de castañuelas y tamboril.

Los Filandorros pretenden hacer lo mismo, pero se entretienen con sus trapicheos: El Ciego vende coplas; El Gitano la collera, la albarda y hasta el mismo jumento; La Filandorra lee las rayas de la mano, y vende sus quincallerías: agujas, alfileres, cintas, puntillas, etc. Mientras El Molacillo intenta colocar la lotería que va vendiendo.

En el «Sagrao», unos parroquianos vuelcan el carro con El Ciego encima, que fallece en el accidente. Sus acompañantes tratan de reanimarlo sin mucho éxito, por lo que se ven forzados a buscar un médico entre el público; el cual, a pesar de su buena disposición, no logra reanimarlo, entre bromas. Como el cuitado empeora, buscan entre la gente a un cura que le preste los últimos auxilios espirituales, no exentos de comicidad.

Llegado este trance, irrumpen en escena los dos Carochos, cruzando un cerco de ceniza que ha trazado La Filandorra, en cuyo centro se halla situado El Ciego; el cual, ante el ataque despiadado de Los Carochos, exhibe una cruz de gamón (Asphodelus), haciendo huir a Los Diablos, que perseguidos por los defensores del Ciego (Gitano, Molacillo, y Filandorra) se dirigen a la calle de Los Molinos para realizar la anual visita domiciliaria a los vecinos. Finalizando así lo que se denomina la «Primera Pelea». Los Guapos siguen en su camino a Los Carochos.

Cuando Los Filandorros vuelven a la escena del percance, se encuentran con la huida del Ciego. Despechados, comienzan a llamarlo a grandes voces indagando sobre su paradero entre los espectadores, que logran confundirles.

El Molacillo lo llama tocando un cuerno de vaca, pero el invidente no responde. Tras muchas vicisitudes y situaciones absurdas, El Ciego responde a la llamada de sus correligionarios tocando el cuerno. Los compañeros siguen el sonido de la llamada y lo apresan, trayéndole atado con una soga al cuello.

Alborozados por el feliz acontecimiento de la resurrección del Ciego, al que creían muerto, lo celebran con bailes y canciones procaces, amenizadas por la música fingida del «corcho», un remedo de la zanfona medieval, con sus esquilas que mueve El Ciego por medio de un manubrio; utilizando como caja de resonancia el tosco corcho



El del lino

de una colmena en desuso. También Los Ciegos, Gitanos o Filandorros, inician la cuestación de agüinaldos, en los inicios de la Calle de Los Molinos; felicitando el año nuevo a cada uno de los vecinos, con la fórmula tradicional acostumbrada que dice así:

Buenos días de años nuevos,
 en salida de años viejos,
 en vida de... (cita a todos los miembros de la familia)
 y de todos los que usted bien quiera

En cada calle del pueblo comienzan la cuestación por la margen derecha, hasta el final de la misma, volviendo sobre sus pasos por la margen izquierda.

Cuando Los Ciegos, Filandorros y Gitanos suben, los Diablos bajan, y en el punto de encuentro se produce una pelea: Los Diablos agreden al Ciego, y sus colegas lo defienden emparejándose El Carochito Grande con El Molacillo, blandiendo en hache las tenazas, respondiéndole éste con la vara-lanza; y El Chiquito con El Gitano, que le repele con la pelota-maza, hasta que los Filandorros expulsan a los Diablos del abrigo del Ciego.

Así pues, en la Calle de Los Molinos se celebra la segunda pelea de la jornada.

Llega el trance de cruzar el río Frío o Becerril, que parte la localidad por mitad, para acceder al barrio de La Cuesta, que en el siglo XIX se llamaba de San Frontis. Los Carochos encaran la corriente con decisión, pero se re-

traen, vuelven a encararla, pero retroceden. Algún temor tienen al agua que les cohíbe. Lo intentan varias veces hasta que, con decisión, afrontan el curso del agua cruzando a cuerpo limpio, sin utilizar «la puente mayor» que se halla a escasos metros.

Ello puede deberse a una antigua creencia, según la cual, un espíritu maligno o una bruja no podría cruzar una corriente de agua; o bien, al pavor que causa en los demonios el agua bendita, que los destruirá.

En la calle de la Cuesta, a la mitad de la ascensión, se celebra la tercera pelea del día.

Iniciada la tarde se celebra el «Baile del Sagrao», en el que participan las mozas, que previamente han avisado los miembros de la Obisparra y una tocadora (tamboril), también prevenida por los enmascarados.

Al entrar en el baile, Los Diablos «dan a morder» chorrizo a los asistentes.

En dos filas paralelas se colocan, en una las mozas y en la otra los miembros de la Obisparra. Los Diablos van recorriendo la fila de los hombres hasta terminar bailando con La Madama, con lo cual concluyen el baile, en el que únicamente se baila el «baile llano».

Los Diablos agreden, una vez más, al Ciego, y comienza la «Pelea del Sagrao», desarrollándose de la misma manera que las anteriores.

Los forasteros (Gitano, Ciego y Filandorra) celebran la victoria con cómicos bailes y cancioncillas livianas de corte irreverente y obsceno.

Continúan la jornada entre felicitaciones y agüinaldos hasta que, vencida la tarde, recalcan en las eras de pan trillar, lugar en el que se celebra el segundo baile de la jornada, «el Baile de las eras», que se desarrolla como el de «El Sagrao», con la única excepción que en éste solamente se baila la jota. A continuación, quinta Pelea del día.

Cuando cae el velo de la noche, en la Calle del Sol, junto a la «poza», se celebra la última pelea, que hace el número 6, número inquietante, el número del diablo (666), número de la bestia en el Apocalipsis de Juan de Patmos. ¿Mera casualidad? Tal vez.

VI - DEMONIOS DE LA FERTILIDAD

En el Neolítico y primera Edad de Bronce, el culto a antepasados medio animales, medio hombres, se ve progresivamente desplazado en las sociedades agrícolas por otras creencias en los demonios de la fecundidad, estrechamente relacionados con los espíritus de los muertos. Estos demonios y fantasmas suelen ser representados en ocasiones solemnes por máscaras. Representaciones de estos demonios itifáticos de la fecundidad las encontramos en pinturas rupestres halladas en el Sáhara argelino, en Jabbarén: cinco figuras coronadas con cuernos y enormes falos curvados.

Similares figuras, interpretadas como demonios itifáticos de la fecundidad por D. Julio Caro Baroja, se encuentran en Minateda (Albacete) y en La Cueva de los Letreros (Vélez Blanco). En este último caso, se trata de una figura



Los Guapos

humana, que ostenta gran cornamenta y cola o pene largo, acaso con un solo ojo, y lleva en las manos dos hoces o segures, y de uno de los cuernos brota una flor o un fruto colgante.

D. Julio Caro Baroja especula que «es muy probable que en determinadas fechas del año, entre los que pintaron tal figura, salieran máscaras de tipo parecido a cumplir ciertos actos, y que otros muchos de los grupos humanos que hicieron estas pinturas adoraran especialmente a un ser que podríamos denominar la "Gran Máscara"».

Una figura itifálica aparece en el abrigo de «El Castellón», en Santa Eulalia de Tábara, cerca de la tierra de Aliste, donde abundan las mascaradas.

La actual figuración de los Carochos alistanos como demonios horribles, de aspecto feroz, enlutados, con cuernos y grandes colmillos, con comportamientos malignos, alude al demonio cristiano, encarnación del espíritu del mal que se describe en las fuentes bíblicas.

El diablo o demonio del cristianismo deriva de otros antecedentes antiguos, en figuras como el dios Pan, dios arcádico de los pastores, los Satiroi griegos, y sus derivados romanos Fauno y Silvano etc. Que no eran otra cosa que dioses de la naturaleza, de aspecto caprino.

Otro precedente del Diablo bíblico, serían los S'eirim, los demonios cabra hebreos y cananeos. Sin embargo, en su origen, estos S'eirim no eran espíritus malignos, sino seres civilizadores, benefactores de la humanidad.

El término «demonio» viene del griego «daimón», que a su vez deriva de un radical «daio», que significa dividir o distribuir, o bien de la raíz «das», enseñar, relacionado con el sánscrito «dasmāt», sabio.

Las connotaciones negativas del término, no siempre fueron así. Inicialmente, en Grecia, la palabra «daimón» era equivalente a «Teso» (Dios), e identificaba a una fuerza divina personificada, sin calificación moral alguna, ni buena ni mala.

En un estadio posterior, ambos términos comenzaron a separarse, en un primer momento daimon es una especie de intermediario entre los dioses y los hombres, que ejecuta la voluntad divina, una especie de protector de la humanidad (el daimon en Sócrates). Con posterioridad, al demonio se le atribuyen todas las acciones injustificables, que inicialmente se atribuían también a los dioses. Es Platón

el que mejor asume esta nueva posición. Senócrates identifica los demonios con los espíritus de los muertos.

En la tradición hebrea, los demonios adquieren una caracterización predominantemente perversa, que se acentuará con el cristianismo.

Ni siquiera en la cultura y la tradición hebreas la evolución del concepto demonio fue uniforme o lineal: Azazel es el demonio jefe de los S'eirim, los demonios cabra, el chivo expiatorio (levítico XVI, 8-26), que por su aspecto puede equipararse a los Satiroi griegos. Sin embargo, anteriormente, en el libro de Enoc, este demonio es el jefe de los veladores, los «hijos de Dios», que uniéndose a mujeres terrenales, dieron origen a los gigantes y causaron el diluvio. Azazel pierde su aspecto rústico, para convertirse en un civilizador que enseña a los hombres el arte de la guerra, y a las mujeres el de la seducción mediante la cosmética y el hechizo.

Y los vigilantes, hijos del cielo, las vieron y las desearon, y se dijeron unos a otros: vayamos y escojamos mujeres de entre las hijas de los hombres y engendremos hijos.

Capítulo 6,2.

Y Asa'el enseñó a los hombres a fabricar espadas de hierro y corazas de cobre y les mostró como se extrae y se trabaja el oro, hasta dejarlo liso; en lo que respecta a la plata, a repujarla para brazaletes y otros adornos. A las mujeres les enseñó sobre el antimonio, el maquillaje de los ojos, las piedras preciosas y las tinturas.

Capítulo 8,1.

Contrarias a su aspecto feroz y horripilante y su carácter perverso son algunas actitudes y comportamientos de Los Carochos: la pareja diabólica en el denominado baile del «Sagrao» (espacio físico que rodea el templo parroquial) se congracia con los vecinos y les ofrece porciones de chorizo que han recogido como aguinaldo en las visitas domiciliarias, que los parroquianos aceptan mordiendo el embutido de las manos de los propios diablos.

Las cencerras que llevan colgando no parece que tengan otro cometido que espantar a los espíritus malignos, que en estos días solsticiales acuden a la tierra invadida por la oscuridad.

El humo que exhala El Carochito Grande se considera de carácter benéfico. El sahumero con determinadas plantas es seguro remedio para ciertas enfermedades en la farmacopea popular de la comarca alistanas.

El mismo aspecto caprino de los dos diablos: perilla crecida como el macho cabrío, pieles a la espalda, nos recuerda el aspecto de los Satiros, Faunos y Lupercos de la mitología greco-latina.

Es El Zangarrón de Montamarta (Zamora) el paradigma de pureza ritual, puesto que al ser un único personaje el que interviene en la mascarada puede observarse sin interferencias añadidas cómo pudo ser el ritual primitivo. Por este motivo, tal vez, debe considerarse al Zangarrón como un demonio, espíritu o genio de la fertilidad, y no como una encarnación del mal. La Máscara del Zangarrón

no es horripilante, grotesca o feroz; los colores rojo, negro y amarillo que predominan en su apariencia no siempre son negativos; las flores que jalonan su indumentaria dicen poco de un ser maligno, y el sonido de los cencerros espanta a esos espíritus contrarios, según se dice; y el tridente no sólo es el emblema de los demonios, sino también de deidades benéficas. Así parece entenderlo D. julio Caro Baroja, cuando afirma del Zangarrón: «es un personaje de cierta importancia, que debe asegurar la fertilidad de los campos, y las zotainas que ejecuta son con suma probabilidad fertilizantes, así mismo».

Este carácter de espíritus propiciatorios de la naturaleza, puede apreciarse con cierta claridad en Los Carochos y otras mascaradas zamoranas y portuguesas.

En algunas de estas últimas, de los cuernos de los diablos surgen frutos: naranjas, manzanas..., a semejanza de La Cornucopia, el cuerno de la cabra Amaltea que amamantó a Zeus-niño. Desde entonces es símbolo de fecundidad y abundancia

Las orejas de una liebre coronan la cabeza peluda del Carochito Chiquito en Riofrío. Este veloz animal está íntimamente unido a la mitología de uno de los dioses de la naturaleza, el griego Pan, dios de los pastores; era la liebre una de sus compañeras habituales; la liebre es un símbolo de fertilidad. Cuenta la leyenda que, al nacer aquel ser monstruoso, Dionisos lo envolvió en la piel de una liebre y lo presentó a la asamblea de los dioses, que al verlo tan indefenso le tomaron afición. Dionisos lo incorporó a su séquito, junto con Sátiros, Silenos, Ménades etc.

Algunos de los enmascarados, como El Tafarrón de Pozuelo de Tábara (Zamora), se visten con trajes vegetales, al modo de algunos espíritus de la naturaleza, como el Busgosu de la mitología cántabra o el Basajaun de las montañas vasco-navarras, lo que da la medida de hasta qué punto, enmascarados en la envoltura cristiana en las formas y los actos, perviven en el ritual esos ancestrales genios, demonios o espíritus de la fertilidad, cuyo culto estuvo extendido por diversas áreas de la vieja Europa y de otros lugares del planeta.

VII - RITOS DE FERTILIDAD

Entroncando con lo dicho anteriormente, a lo largo de la celebración de Los Carochos se suceden algunos rituales que pueden considerarse ritos de fertilidad, impregnados por la magia:

CENIZA

En el transcurso del ritual, la Filandorra aprovecha la menor ocasión para arrojar «cernada» (ceniza de la lumbré) a quien se le acerca, fundamentalmente a los mozos y niños.

La ceniza se identifica con la nigredo alquímica, con la muerte y la disolución de los cuerpos, y por ende con la germinación, que tiene como principio la putrefacción de las semillas, que da lugar a una nueva vida.

En Aliste la ceniza se ha utilizado desde antiguo para abonar los cereales y las hortalizas. Hoy, este modo de abonar las tierras ha sido superado; sin embargo, se mantiene para abonar los ajos. En la rozada, las tierras comu-

nales se desbrozaban de matorrales, que una vez secos se quemaban antes de la siembra y sus cenizas se esparcían por el campo de cultivo para fertilizar la tierra.

Por otro lado, existía en Aliste una antigua costumbre, en la que se utilizaban las virtualidades mágicas de la ceniza: en la Vigilia Pascual del Sábado Santo, se hace una hoguera con las ramas de romero que se han utilizado para confeccionar «La Cama del Señor», una cama vegetal sobre la que se colocaba a Cristo para proceder a la adoración de la cruz, El Viernes Santo.

En las cenizas de esta singular hoguera los labradores sumergían la «cavija» del arado, para evitar con este acto mágico que le pique «la mosca» a las vacas durante las faenas agrícolas, lo que contrae un enorme riesgo de accidente. Otros recogían la ceniza en un paño, y en su casa la esparcían sobre «las melenas» de las vacas.

Durante el solsticio de invierno, los pueblos antiguos, adoradores del sol, festejaban el nacimiento del astro rey mediante grandes hogueras, que tenían por función excitar el calor y la fuerza de los rayos de un sol recién nacido. Ritos como el de los germanos en honor de Yule, o los escandinavos en honor de Frey, hijo de Odin y Frigga, favorecían la recuperación del poder regenerador del sol, y la tierra brindaba, un año más, los frutos, cosechas y animales indispensables para sobrevivir.

En estas hogueras se quemaba un árbol sagrado, un roble entre los celtas (festival de Yule), para conseguir todos esos fines a los que he aludido; rituales que aún se conservan en algunos lugares de España en la denominada «Tronca de Navidad». Las cenizas de este tronco se consideraban portadoras del poder de curar enfermedades y asegurar la prosperidad, la abundancia y la fertilidad de animales y personas.



La pelea

FLAGELACIÓN

Los ritos de Flagelación en los Carochos tienen dos modalidades: el golpeo de los jóvenes y los niños con ramas de parra realizados por El Molacillo y El Gitano, que los envuelven con las mismas; y El Gitano que golpea a los mismos destinatarios con una pelota de madera de *urz* forrada de trapo, que cuelga de un palo al extremo de una cuerda. También El Gitano golpea a los espectadores con vejigas de cerdo que lleva colgando a la espalda

Para la mentalidad arcaica, los golpes, azotes y flagelación no aparecen como castigo (en el sentido de venganza o escarnamiento), sino como purificación y estímulo. La costumbre arcadia de azotar la efigie del dios Pan, cuando los cazadores regresaban de sus empresas con las manos vacías, equivalía a una purificación de las influencias paralizantes. En multitud de ritos universales, los azotes figuran como necesarios para liberarse de posesiones y encantamientos y de todas aquellas actitudes que corresponden a una impotencia física o espiritual.

En la época romana, se celebraban unas fiestas denominadas Lupercalia, dedicadas al dios Fauno, dios de las florestas, bajo la advocación de Lupercus, el que defiende contra los lobos. Eran fiestas de carácter purificadorio, en las que los sacerdotes Lupercales corrían por las calles, azotando con látigos de piel de cabra a todos los que encontraban a su paso. Las mujeres estériles y las jóvenes no debían sustraerse a sus golpes, porque, según una antigua creencia, se consideraba que ello ayudaría en la concepción y el alumbramiento.

La flagelación con las ramas de árboles y con fines propiciatorios la describe Frazer en *La Rama Dorada*; muestra la costumbre practicada en Albania de golpear a hombre y animales en el mes de marzo, con la convicción de que «ello es bueno para su salud». Idéntica ceremonia celebran los croatas el día de Viernes Santo: en la iglesia se golpean con varas, al tiempo que se desean «frescura y salud». En Rusia, tocan a los niños y criados el Domingo de Ramos con ramas de árboles, mientras les desean «que la enfermedad se quede en el bosque y la salud dentro de los huesos».

RAMAS DE PARRA

La vid, como la uva, tiene un doble significado de sacrificio y fecundidad. El vino aparece con frecuencia simbolizando la juventud y la vida eterna. El ideograma superior de la vida fue en los orígenes una hoja de parra. Según Elíade, a la Diosa Madre se le dio primitivamente el nombre de «Diosa Cepa de Vid», representando la fuente inagotable de la creación natural.

El desaparecido profesor D. Francisco Rodríguez Pascual opina que la parra está vinculada con la procreación; con este fin en Aliste se plantan parras a la entrada de las casas, cubriendo gran parte de la fachada. Estas parras producen unas uvas llamadas «parideras».

El mismo profesor afirma que las parras, los rombos de paja de centeno que se colocan en el «astro» (Zaguán) de la casa, y las aldabas cruciformes, son tres fronteras frente al mal, que protegen la casa.



La Filandorra

EL MARTILLO

En las visitas domiciliarias de felicitación y aginaldo, La Filandorra golpea los clavos de las puertas con un enorme martillo de madera, denominado «mayo», del mismo estilo que los utilizados por el carpintero para golpear el escoplo.

En ciertas sociedades, el martillo ritualmente forjado, es eficaz contra el mal contra los adversarios o los ladrones, y cumple un papel de protección activa y mágica. En la iconografía hindú, al menos cuando se atribuye a Gantakharma, también es destructor del mal.

En las antiguas culturas escandinavas, en los casamientos se llevaban martillos para alejar de la pareja los poderes maléficos y prometer a la esposa fecundidad.

También se presenta como imagen sepulcral para ahuyentar las fuerzas malignas.

Pilumno (del latín *pilum*, martillo) era un dios menor de la infancia en la antigua Roma. Cuando nacía un niño se golpeaba la puerta de la casa con un martillo para ahuyentar a Silvano, que atormentaba a la parturienta con horribles sueños y fantasmas, y a otros espíritus malignos.

En consecuencia, cabe suponer que cuando La Filandorra golpea con el martillo las puertas de los vecinos del lugar, trata, mediante este ritual mágico, de proteger la casa y sus moradores contra el mal en sus diversas formas.